

ADIOS, SIGLO XX

El autor de este artículo, maestro de la ironía, recuerda la época oscura del franquismo. Su deseo es que el futuro ofrezca la cara amable de la moneda

Adiós adiós

JOSE AGUSTIN GOYTISOLO

Me despido del siglo XX sin demasiada nostalgia. He vivido en su ámbito toda mi vida, o sea que pasé días felices, tiempos buenos y malos y años nefastos. Recuerdo mi infancia, como una edad de asombro, de estupor, de alumbramiento, de aprendizajes y alegrías. Luego, la mal llamada guerra civil y los años de postguerra me golpearon duro, como a muchísima gente, pero sobreviví para contarla. Fue una época oscura, llena de prohibiciones y castigos, con la que no había más remedio que enfrentarse si se tenía un mínimo de conciencia. Nunca estuve solo. Tanto en Barcelona, mi ciudad, como en Madrid, lugar donde terminé mis estudios, tuve la suerte de encontrar buenos amigos. Jaime, Carlos, Angel, Pepe, Emilio, Claudio, Paco... Haberles conocido y tratado ha sido uno de los mejores privilegios que he tenido en mi vida. Leí mucho, muchísimo, y he publicado poco, pues he roto cantidad de escritos que no me gustaban. Hay textos de los que hice más de 20 versiones para acabar editándolos; y eso creo que está bien: reescribir los propios textos llega a ser un ejercicio de aprendizaje apasionante.

La dictadura franquista duró más de lo que era de prever: 40 larguísimos años. Después, una transición tibia —dicen que ejemplar, tranquila y sin traumas— y luego la llegada de una democracia, esa sí tibia, pero algo es algo. Fuera de nuestro país, el siglo trajo dos guerras mundiales, con masacres, bombardeos, destrucciones y represión de libertades, y todo eso en el llamado mundo occidental; porque sería bueno saber lo que ocurrió, ocurre y ocurrirá en los países subdesarrollados, llamados del tercer mundo, y en los que

están en vías de desarrollo.

Me temo que el siglo XXI será peor para el primer, segundo y tercer mundo. Es decir para toda la humanidad. La riqueza y el poder estarán en muy pocas y anónimas manos. Habrá una media proporción de gente que podrá ir tirando; y para la inmensa mayoría de la población, guerras de todo tamaño, en todo lugar y por cualquier causa. Me gustaría pensar de otra manera, creer que nuestros sobrevivientes conocerán un mundo mejor. Pero por más que lo intento se me hace imposible imaginarlo así. Habrá una tremenda superpoblación mientras que los recursos se estancarán o disminuirán, y estarán castaórficamente repartidos: mucho para poquísimos, y casi nada para el resto. No creo que los avances tecnológicos, por muy asombrosos que están siendo, y lo serán aún más, puedan servir ni para mejorar a la humanidad entera ni para beneficiar el equilibrio del planeta, nuestros sobrevivientes incluidos.

La aparición del *homo sapiens* es muy reciente comparada con la persis-

tencia de ciertos peces, reptiles y mamíferos, y una escasísima fracción de tiempo comparada con la incalculable edad de la vida en el planeta Tierra. Por el camino quedaron muchísimas especies y subespecies, que perecieron o se extinguieron por diversas causas, y algo parecido puede sucederle a la especie humana. Total, que desde la protohistoria hasta la aparición de cierto tipo de inteligencia llamada humana, el mamífero lóbrego y desnudo, que es el hombre, parece haber desarrollado muchísimo su inteligencia, pero a costa de perder instintos y sensibilidades muy importantes, como son: el de la supervivencia, el respeto al medio ambiente que le da vida y la solidaridad entre sus hermanos. Se le ha disparado, en cambio, la agresividad, el egoísmo, el miedo aquí, en la vida, y en eso que llaman «el más allá», que ha provocado la aparición de muchos credos en nombre de los que se matan con gran alegría, pensando en la recompensa que recibirán después de muertos.

No sé cómo se desarrollarán las letras y las artes en el siglo XXI pero en

este punto soy optimista, pues sé que siempre existirán verdaderos creadores, aún en las condiciones más penosas, y que habrá gente capaz de reconocer su valía. Nunca me ha gustado la ciencia-ficción, porque no es ciencia y no creo que nunca adivine el porvenir. El futuro depende de muchísimas variables, y aún las más serias predicciones no son dogmas, tan poco dogmas como lo son los dogmas de fe. Me gustaría equivocarme, pero cuando escribo esto veo que soy algo optimista, aunque no lo parezca, porque el futuro de la humanidad puede ser peor, más corto y más cruel. A nuestros sobrevivientes, a todos, uno a uno, les deseo buena suerte viviendo, sin guerras, miedos, enfermedades o injusticias.

Cada generación y cada siglo han tenido su cara oprobiosa y su cara amable. Deseo que el siglo XXI ofrezca la cara amable de la moneda oscilante, y mucho menos la cruz del oprobio.

José Agustín Goytisolo, poeta de la generación del Medio Siglo, es autor de *Palabras para Julia*.



MARCOS BALFAGÓN